

# «La salud, como el oxígeno, es un lujo que sólo valoramos cuando desaparece»

**Juan Gracia Armendáriz** Escritor

El escritor navarro publica 'Diario del hombre pálido', un libro sobre su experiencia como enfermo que pasa doce horas a la semana conectado a un riñón artificial

ROBERTO HERRERO

**SAN SEBASTIÁN.** Juan Gracia Armendáriz (Pamplona, 1965) es autor, entre otras obras, de los libros de microrrelatos 'Noticias de la frontera' y 'Cuentos del jibaro', así como de la compilación de narraciones 'Queridos desconocidos' (Premio a la Creación literaria del Gobierno de Navarra), y de las novelas 'Cazadores' y 'La línea Plimsoll', con la que obtuvo el Premio Tiflos de Novela en 2008. Ha sido durante más de quince años profesor en la Facultad de Ciencias de la Documentación de la Universidad Complutense. Ha colaborado en diversas publicaciones periodísticas y literarias. 'Diario del hombre pálido' (editorial Demipage) es su última obra. En ella aborda la enfermedad, desde una perspectiva humana y literaria. Cuenta su experiencia, la de un enfermo renal a la espera de un trasplante y la de un ser humano con pasión por la vida.

– «La salud es un lujo al que aspiro, y este diario quiere dar cuenta de ello». También dice desear que sus palabras sean «puentes que unan al lector con una realidad que acaso desconoce».

– Es cierto, la salud, como el oxígeno, es un lujo que sólo valoramos cuando desaparece. Este libro lo he escrito desde la pura necesidad. Necesitaba contarme a mí mismo lo que estaba experimentando, puesto que narrar algo implica imprimir a los acontecimientos de la vida una dirección; quizá, un sentido. Creo que ningún escritor escribe para sí mismo, de modo que aunque es un diario íntimo quise que fuera compartido con los lectores.

– Dice que no hay ninguna finalidad solidaria, «esa modalidad inferior de la compasión».

– La palabra 'solidaridad' está más sobada que una masa de pizza. Hay bicicletas solidarias, chicles solidarios, hasta mensajes de teléfono solidarios. En definitiva, aunque el concepto al que alude es admirable, no me gusta la palabreja. Prefiero un término más comprometido. La compasión, de la que hablaron Cristo y Buda –en realidad creo que no hablaron de otra cosa–, fue la perspectiva desde la que quise observar el hecho de la enfermedad y las circunstancias que la rodean.

– Una de las primeras cosas que se leen en el diario es ésta: «Todo el mundo debería pasar dos semanas

en un hospital. Al menos una vez en su vida».

– Un paseo por los pasillos de un hospital nos coloca en nuestro lugar. Los espacios donde se recluye a la gente son lugares de exclusión y esa experiencia nos traslada a otro lugar, que está ahí al lado, pero también muy lejos. Nadie acude a un hospital por placer, pero si se mantienen los sentidos alerta la experiencia puede ser aleccionadora.

– En muchos de sus pequeños relatos aparecen sus compañeros en la sala de diálisis. «La enfermedad crea vínculos que no se olvidan», escribe. También dice: «La enfermedad no siempre iguala a las personas ni necesariamente las perfecciona, antes bien subraya sus carencias y las expone con mayor claridad. También sus virtudes».

– Yo no los llamaría relatos. En la medida de lo posible he evitado cualquier tentación fabuladora. Ya traté el tema en mi novela 'La línea Plimsoll' desde los parámetros de la ficción. Ahora no quería construir personajes sino escribir sobre personas que conviven doce horas a la semana atados a un riñón artificial. La enfermedad nos devuelve a nuestros límites más severos y en esa situación, como en las borracheras, aflora lo mejor de nosotros, pero también, a veces, lo peor. De todas formas, he de decir que mis compañeros de diálisis son personas que decantan gotas de oro en medio de la oscuridad.

– Su diario es lo más opuesto a cualquier clase de libro de autoayuda. Hay dolor y sufrimiento, pero está lleno de esperanza y fuerza.

– No soy psicólogo, por lo tanto no tengo fórmulas para sobrellevar la enfermedad. La mayoría de los libros de autoayuda –algunos muy estimables– están escritos desde la contrabarrera; yo he escrito el diario en la arena de la plaza, con el toro delante. Quizá, por ello, el texto transmite ilusión de verdad.

– No falta humor negro, sobre todo cuando trata del personal médico: «Conecta al enfermo con la pericia con que un electricista empalmaría unos cables». O también al hablar de unas enfermeras malhumoradas: «Me pregunto si han recibido su formación sanitaria en un hospital estalinista».

– En tres años he visitado distintas unidades de diálisis. La mayoría de ellas están atendidas por profesionales admirables, que aman su trabajo, pero hay excepciones. En alguna podría filmarse una película expresionista alemana. Por otra parte, creo que la medicina y sus técnicas avanzan muy rápido, pero ese desarrollo no está en consonancia con el avance que sería deseable en la relación médico-paciente. En ciertos casos, el enfermo percibe falta de empatía, de comunicación, de información. Hay algunos médicos



Literatura como ejercicio de defensa. Juan Gracia en su rincón de escritor. :: LOBO ALTONA

«He escrito el diario en la arena de la plaza, con el toro delante. Quizá, por ello, el texto transmite ilusión de verdad»

«Mis compañeros de diálisis son personas que decantan gotas de oro en medio de la oscuridad»

«Hay algunos médicos que deberían realizar un cursillo de inteligencia emocional»

que deberían realizar un cursillo de inteligencia emocional. No se puede comunicar un diagnóstico grave sin mirar a los ojos del paciente.

– Pero no todo son palos. Llega a hablar de algunas enfermeras como de sus ángeles: «Ellas forman la primera línea de combate en la lucha contra el dolor. Están en la trincheras del quejido, del mal olor corporal, del exabrupto, del vómito, del mal genio del paciente. El resto es tecnociencia».

– En la Clínica Universidad de Navarra, donde traté mi dolencia, el personal de enfermería es modélico en todos los sentidos: personas vocacionales, respetuosas con el paciente y con sentido del humor. No se puede pedir más. Son ángeles guardianes. Y algunas muy guapas.

– «La medicina más potente que existe es el afecto» ¿El enfermo está siempre necesitado de esos gestos, se convierte casi en un mendigo de afecto?

El médico se parapeta contra el dolor ajeno, y es lógico que así sea, pero algo no funciona bien en nuestro sistema sanitario cuando yo llevo a mi gato al veterinario y éste lo trata con una delicadeza que para sí quisieran los enfermos de algunos hospitales.

– En el libro se habla mucho de literatura y de su relación con las enfermedades. ¿Puede un texto hacer entender la enfermedad a una persona sana? ¿Un libro puede ser un objeto sanador?

– Me he atiborrado de lo que la Medicina llama 'textos patográficos', es decir, relatos que hablan sobre la experiencia de la enfermedad. A Nietzsche lo curó, al menos temporalmente, 'Así habló Zaratustra'. Hay muchos ejemplos que avalan el poder terapéutico de la literatura. Yo no aspiraba a curarme a través del diario, pero sí a aplicarle a la enfermedad la técnica de los artistas marciales: aprovechar en mi beneficio –y en el de mis lectores, espero–, la fuerza del adversario. El producto de ese ejercicio de defensa fue 'Diario del hombre pálido'.